

XXXIV

EL GOLPE DE ESTADO

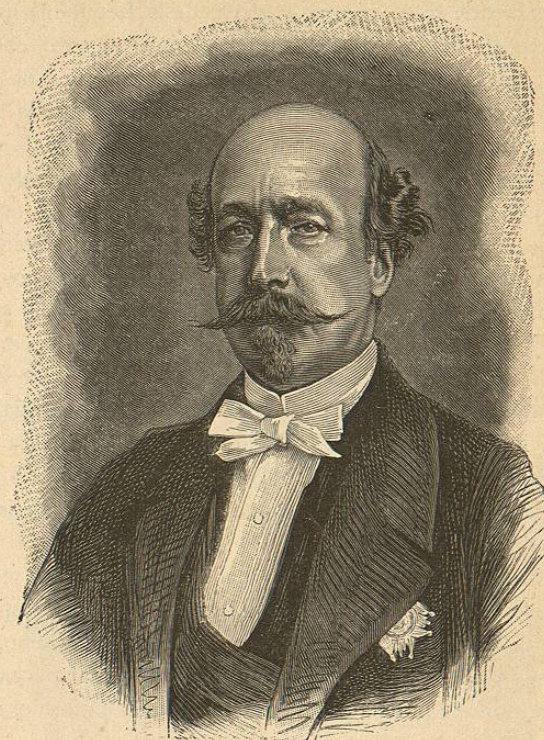
El lunes 1.º de diciembre de 1851 hay reunión en el Elíseo, y jamás el Príncipe Presidente se ha mostrado tan tranquilo y afable, sin que en su rostro se manifieste el menor vestigio de una emoción cualquiera. En la misma noche se da en el teatro de la Opera Cómica la primera representación del *Castillo de Barba Azul*, cuya música es de Limnander y el libreto de M. de Saint-Georges, hermano del director de la Imprenta Nacional. M. de Morny está en el teatro, así como los generales Cavaignac y Lamoricière, y entra en el palco de Mme. Liadières. «Se habla mucho de un escobazo, le dice la dama: ¿de qué parte estará usted? – De la parte del mango,» contesta; y después se marcha al Elíseo. Los convidados acaban de salir, y se celebra una conferencia entre él, Luis Napoleón, el general de Saint-Arnaud y M. Mocquard. El coronel de Beville marcha en coche á la Imprenta Nacional, portador de proclamas y decretos que se deben fijar en las esquinas al amanecer del día siguiente. Una compañía de gendarmes móviles se halla en la imprenta para vigilar á los obreros; las puertas se cierran herméticamente, y á las dos de la madrugada todo está impreso.

Media hora después, el prefecto, M. Maupás, convoca á su despacho á los comisarios de policía. Les dice que se ha urdido una conspiración contra el presidente, y que deberán detener á diez y seis representantes, los generales Bedeau, Changarnier, Lamoricière, Cavaignac, Lefló, el coronel Charras, M. Thiers, M. Roger (del Norte), M. Baze y otros siete individuos de la Montaña, MM. Cholat, Valentín, Greppo, Nadaud, Miot, Baune y Lagrange. A las seis y media de la mañana, los diez y seis representantes quedan detenidos en sus domicilios, y se les conduce después á Mazas. Ninguno de los ministros, excepto el general Saint-Arnaud, sabe nada del golpe de Estado. Al despertar el ministro del Interior, M. de Thorigny, se admira de ver soldados y dirige al prefecto de policía el telegrama siguiente: «2 de diciembre, 7 de la mañana. ¿Qué ocurre? El patio del Ministerio está lleno de tropa.» El prefecto contesta así: «A las 7 y 10 minutos de la mañana. M. de Morny está encargado de manifestároslo; le veréis dentro de un instante; esperadle.» A las siete y media, en efecto, M. de Morny llega al ministerio del Interior y entrega á M. de Thorigny una carta del presidente, anunciándole que le reemplaza como ministro del Interior el mismo M. de

Morny. Este último se instala sin dificultad y envía inmediatamente por telégrafo instrucciones á todos los prefectos.

Los parisienses quedan asombrados al leer en las esquinas el decreto y las proclamas del presidente.

El decreto disuelve la Asamblea nacional y el Consejo de Estado; restable-



El conde de Morny

ce el sufragio universal por derogación de la ley del 31 de mayo; convoca al pueblo á sus comicios y declara el estado de sitio en toda la extensión de la primera división militar. La proclama al pueblo, en la cual se propone que el sistema político sea sometido á un plebiscito, se resume así: 1.º un jefe responsable nombrado por diez años; 2.º ministros dependientes del Poder ejecutivo tan sólo; 3.º un Consejo de Estado para preparar las leyes y sostener su discusión; 4.º un cuerpo legislativo que discuta y vote las leyes, nombrado por sufragio universal sin escrutinio de lista; 5.º una segunda Asamblea formada por todas las ilustraciones del país, guardiana del pacto fundamental y de las libertades públicas. «Por primera vez desde 1804, dijo el presidente, votaréis con conocimiento de causa, sabiendo bien para quién y por qué; y si no obtengo la mayoría de vues-

tros sufragios, promoveré la reunión de una nueva Asamblea para entregarle el mandato que de vosotros he recibido; pero si creéis que la causa de que mi nombre es símbolo, es decir, la Francia regenerada por la Revolución del 89 y organizada por el Emperador, es siempre la vuestra, proclamadlo así, consagrando los poderes que os pido »

En la misma proclama Luis Napoleón acusa á la Asamblea de ser un foco de conspiraciones y de trabajar para la caída de la República que él pretende querer mantener. «Soldados, dice en su proclama al ejército, enorgulleceos de vuestra misión; salvaréis la patria, pues cuento con vosotros, no para violar las leyes, sino para hacer respetar la primera del país, la soberanía nacional, de la que soy legítimo representante.... En 1830, así como en 1848, os han tratado como vencidos: después de haber menospreciado vuestro desinterés heroico, se ha tenido á menos consultar vuestras simpatías y deseos; y sin embargo, sois lo más escogido de la nación. Hoy, en este momento solemne, quiero que el ejército haga oír su voz. Votad, pues, libremente, como ciudadanos; pero no olvidéis, como soldados, que la obediencia pasiva á las órdenes del jefe del gobierno es el riguroso deber del ejército desde el general hasta el soldado.»

Desde por la mañana, veinticinco mil hombres de tropas de línea y seis mil caballos, con numerosa artillería, ocupan la plaza de la Concordia, todas las cercanías del palacio Borbón y del Elíseo, el Carrousel y la plaza del Hotel de Ville. Algunas horas después, estas tropas se refuerzan con un regimiento de dragones que llega de Saint-Germain y una división de caballería de línea procedente de Versailles.

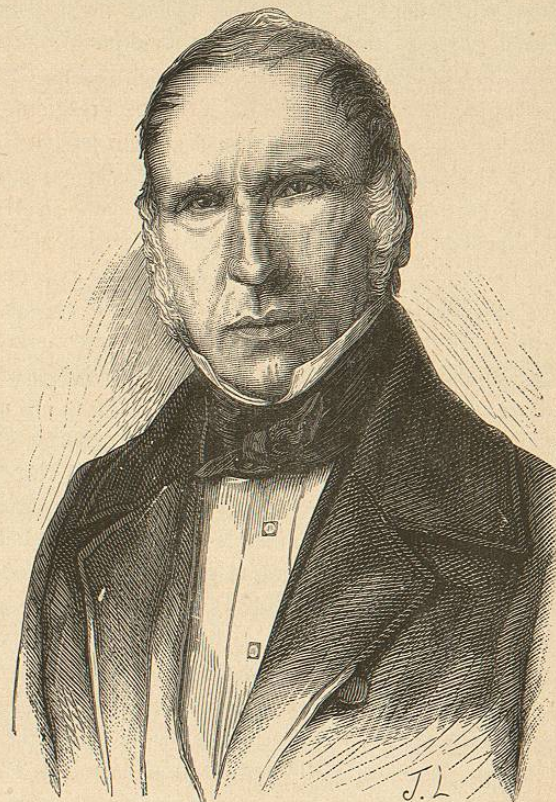
El príncipe Napoleón, que vive en la calle de Argel, en la misma casa que M. Gavini, sale con éste, y al ver las tropas manifiesta una exasperación que á duras penas puede calmar M. Gavini. En cuanto al rey Jerónimo, entonces gobernador de los Inválidos, no ha recibido hasta aquella mañana aviso de lo que ocurre; pero á la primera noticia que le dan se pone el uniforme, monta á caballo y marcha al Elíseo para reunirse con el presidente.

A las diez de la mañana, Luis Napoleón, llevando á su izquierda al rey Jerónimo y seguido de su cuarto militar, así como de un Estado mayor muy numeroso de generales y oficiales superiores, sale del Elíseo á caballo para presentarse á las tropas. Éstas le hacen una entusiasta acogida, de suerte que tan sólo dependería de él tomar entonces posesión del palacio de las Tullerías.

Por lo que hace á la guardia nacional, no se presenta en ninguna parte. Su comandante en jefe, el general marqués de Lawoestine, ha recibido orden de impedir toda convocación de las legiones, y para que sea imposible tocar llamada, se han roto los tambores ó se han retirado.

¿Qué hará la Asamblea nacional para organizar la resistencia, ó por lo menos para protestar? El palacio Borbón, local de sus sesiones, se halla ocupado por el 92 de línea, al mando del coronel Espinasse, que ha hecho últimamente la campaña de Kabilia con el general de Saint-Arnaud.

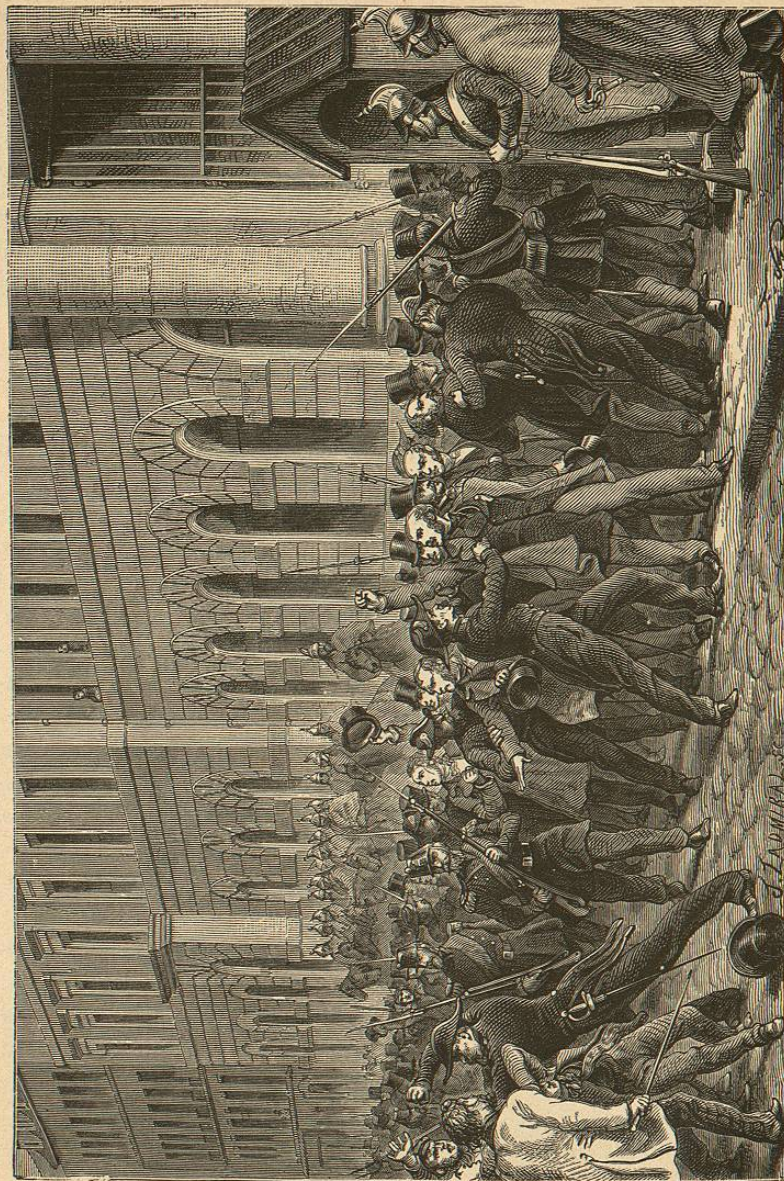
Los autores del golpe de Estado temen tan poco al presidente de la Asamblea, M. Dupin, que han creído inútil mandar detenerle y se ha descuidado poner centinelas en la puertecilla que da á la calle de Bourgogne. Algunos representantes, entrando por allí, celebran un remedo de sesión; pero un jefe militar con varios soldados les intiman á retirarse. «Se siguió una especie de tu-



M. Dupin, presidente de la Asamblea republicana de 1851

multo, ha escrito M. Odilón Barrot en sus Memorias, lo cual proporcionó á M. Dupin ocasión de dirigir á sus colegas esta reprensión tan oportuna: «Pero señores, vosotros solos hacéis más ruido que todos esos bravos militares juntos.» Se cita otra frase de él que le retrata mejor aún. A uno que le censuraba por haber cedido tan fácilmente, le contestó: «Si tuviera un hombre á mis órdenes, ya habría dado orden de matarle.» Lo cierto es que después de haber agotado así todo su valor, se retiró á sus habitaciones y no se le volvió á ver en ninguna parte en todo el día. Los que habían creído en la fuerza del derecho abstracto en nuestro país, podían reconocer ahora hasta qué punto era grave su error.

Otra reunión de diputados tuvo lugar en la calle de Lille, en casa del conde Daru, aquel que en 1870 fué ministro de Negocios extranjeros del gabinete Ollivier; pero también fué dispersada por la fuerza. Una tercera, mucho más importante, se celebró en la alcaldía del distrito décimo, cuyo local, actualmente destruído, se elevaba cerca de la encrucijada de la Cruz Roja, casi á la entrada de la calle de Grenelle. La guardia nacional del barrio tenía por jefe al general de Lauristón, diputado de la derecha y favorable al Parlamento. Eran las once de la mañana, cuando cerca de doscientos cincuenta diputados, casi todos de la derecha, llegaron á la citada alcaldía y reuniéronse en sesión, de la que M. Berryer era el alma. Se acordó la expulsión del Príncipe Presidente, y se confirió el mando del ejército al general Oudinot, que eligió por jefe de Estado mayor á un diputado de la Montaña, el capitán Tamisier; mas á poco llegaron tropas al mando del general Forey, que llevaba instrucciones para disolver la reunión, dejar salir de la alcaldía á los representantes que no opusiesen ninguna resistencia y conducir á los demás á Mazas. «¡Todos á Mazas!» exclamaron los representantes sin excepción. No había suficiente número de coches para llevarlos, y se decidió transferirlos provisionalmente al cuartel de caballería del muelle de Orsay. A las tres, la columna se puso en marcha. M. de la Gorce ha escrito en su *Historia de la segunda República francesa*: «El aparato no era menos extraño que el de la sesión que acababa de terminar. Los representantes avanzaban entre dos filas de soldados de infantería, hoy agentes de Luis Napoleón; eran cazadores de Vincennes, los mismos que en otro tiempo fueron organizados por los príncipes de Orleans. Las tropas iban mandadas por el general Forey, en otro tiempo brazo derecho de Changarnier, ahora proscrito. En el cortejo se mezclaban diputados de todas las opiniones, adversarios ayer, unidos hoy, y destinados á separarse otra vez mañana, pues varios de ellos, y no de los menos ardientes, debían agregarse más tarde al Elíseo.» Los representantes así detenidos pasaron la noche en el cuartel del muelle de Orsay, y á la mañana siguiente se les trasladó, unos á Mazas, otros al monte Valeriano y los demás á Vincennes. Dejemos la palabra á uno de ellos, M. Odilón Barrot. «Cuando atravesamos por el arrabal de San Antonio, ha escrito, los obreros comenzaban á salir de sus casas para ir á los talleres, é interrogábanse sobre lo que contendrían aquellos coches tan bien escoltados. «¡Ah!, exclamaban después de saber quiénes éramos, son los *veinticinco francos* que van á encerrar. Está bien jugado.» Este era el interés que manifestaba á los elegidos del sufragio universal la población de un arrabal tan famoso y temido por sus pasiones democráticas. Así es como sucesivamente y una por una se desvanecían todas las ilusiones que se habían forjado los conservadores y republicanos. Habían dicho: *No se atreverá*, pero se atrevió; aseguraron que ni un solo soldado consentiría en marchar contra la Asamblea nacional y que desobedecerían más bien á sus oficiales, pero los soldados marcharon y los oficiales fueron obedecidos sin dificultad. También afirmaron con gran solemnidad que el pueblo entero se levantaría para defender el



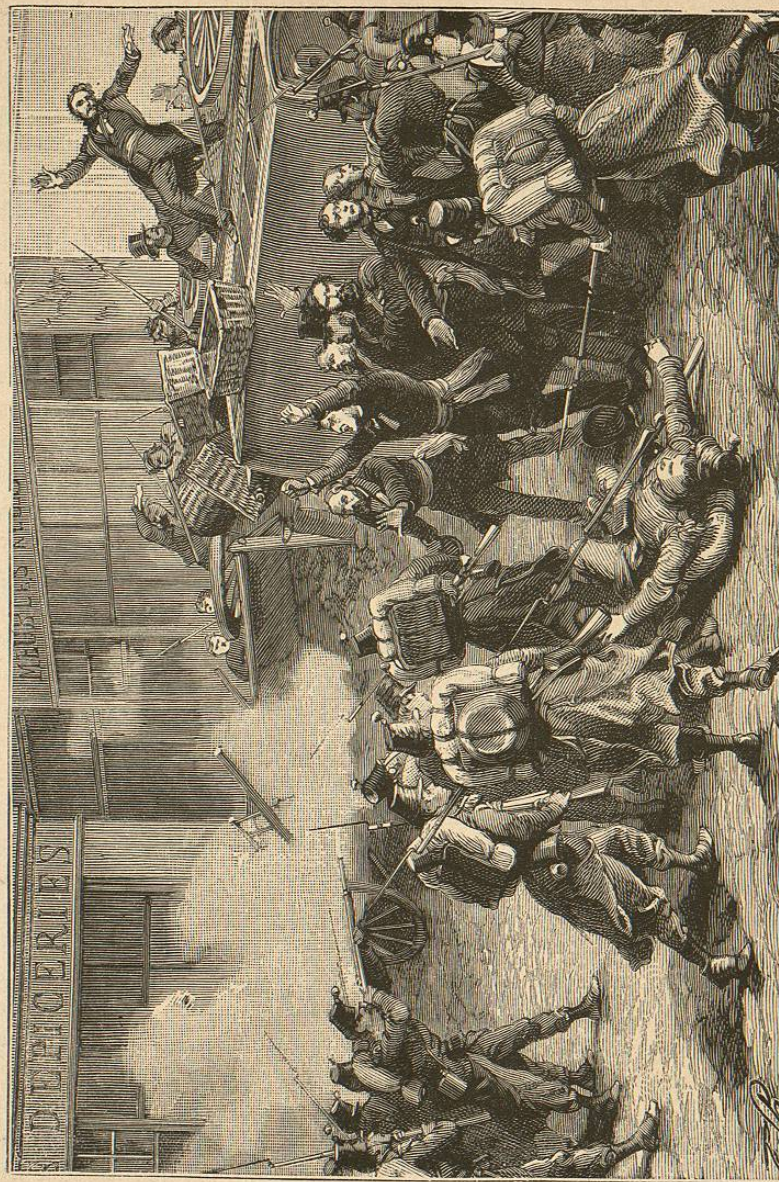
Arresto de los diputados en la alcaldía del décimo distrito

derecho y la Constitución, y este pueblo no tenía más que sarcasmos para las víctimas del derecho y de la Constitución. En fin, bajáronse los puentes levadizos de la antigua fortaleza de Vincennes, y fuimos recibidos por el general, quien puso á nuestra disposición las habitaciones que había ocupado el duque de Montpensier cuando este príncipe mandaba la artillería bajo el reinado de su padre.» M. Odilón Barrot refiere también cómo salió de Vincennes al día siguiente. «Vinieron á decirnos, escribe, que preparáramos nuestros paquetes. Después de largos rodeos llegamos á los bulevares exteriores, no lejos de la Salpêtrière, y aquí se detuvieron de pronto los coches. Los comisarios de policía se apearon, nos hicieron un respetuoso saludo y nos anunciaron que estábamos libres. Permanecimos un rato inmóviles, sin creer en tan imprevisto desenlace, y después cada cual cogió su paquete y buscó un vehículo.»

Los generales Cavaignac, Bedeau, de Lamoricière, Changarnier, Lefló, el coronel Charras, M. Baze y el conde Roger (del Norte) fueron tratados con más rigor. Después de trece horas de fatigoso camino los encerraron en la fortaleza de Ham, donde se cedió al general Cavaignac el aposento que Luis Napoleón había ocupado durante seis años de cautividad.

En resumen, la reunión en la alcaldía del distrito décimo no había conducido más que á una simple protesta; y los representantes de la derecha, que la formaban casi exclusivamente, no tuvieron el talento de sublevar las masas. «¿Qué hubieran hecho con el pueblo?, ha dicho Víctor Hugo.... ¿Se imagina un Falloux, tribuno, levantando el *Arrabal Antonio?*» Sin embargo, los jefes de la izquierda no se desanimaban aún, esperando que estallaría una verdadera insurrección el 3 de diciembre. La víspera, la gente había manifestado más sorpresa que cólera; las tiendas permanecieron abiertas, los ómnibus siguieron su carrera, los pagos se efectuaron en todas las cajas públicas y los teatros no suspendieron sus funciones. El día 3, á eso de las ocho y media de la mañana, una docena de representantes y algunos periodistas llegaban al arrabal de San Antonio, gritando: «¡A las armas, á las barricadas! ¡Viva la República, viva la Constitución!» Un diputado de la Montaña, M. Baudín, alargó un fusil á un obrero; pero éste contestó: «¡No faltaba más sino que nos hiciéramos matar por defender vuestros veinticinco francos!» — ¡Pues bien, replicó el intrépido diputado, vais á ver cómo se muere por veinticinco francos!» Después, subiendo á la cima de una barricada, gritó: «¡Viva la República!» y cayó acribillado á balazos. Su muerte inflamó los ánimos: levantáronse barricadas, bastante numerosas, y la batalla fué inminente.

M. Maupás hubiera querido que se trabase desde el 3 de diciembre; pero se acordó de otro modo, pues el general Saint-Arnaud quiso que las tropas descansasen hasta las doce de la mañana del día siguiente. Se les distribuyeron cincuenta mil francos, único resto del patrimonio de Luis Napoleón, y raciones suplementarias de víveres y de vino. Se quería concluir de una vez, de un solo golpe vigoroso, en vez de enervar á los soldados con una lucha de varios días. Este



Muerte del diputado Baudin

programa se observó estrictamente; durante quince horas se dejó á los insurrectos prepararse con toda tranquilidad; las tropas no salieron de sus cuarteles hasta el 4 de diciembre, á la una y media, y el ataque comenzó á las dos. Una barricada que se extendía en toda la longitud del bulevar, entre el Gimnasio y la puerta de San Dionisio, fué tomada por el 72.º de línea, y la brigada del general Canrobert se apoderó de las que se habían levantado en los alrededores de la puerta de San Martín. En el bulevar Montmartre, á la altura de los almacenes del *Profeta* y de la casa de M. Sallandrouze, algunos tiros habían partido de las ventanas; un cañón disparó metralla contra esta casa, y abrió boquetes que aún se veían algunos días después. En la punta de San Eustaquio y en la calle Rambuteau la lucha fué encarnizada. La brigada del general Courtigis, llegando de Vincennes, bajó al arrabal de San Antonio y derribó las barricadas que encontraba á su paso. Durante cerca de tres horas París oyó el fragor continuo del cañón y de las descargas de fusilería. La insurrección quería correrse á la calle de San Honorato, á la plaza de Nuestra Señora de las Victorias, al barrio de la Bolsa y del Banco; pero fué rechazada en todas partes. A las cinco de la tarde todo había terminado. El ejército tuvo 25 muertos y 184 heridos, y en cuanto á la población civil, las diversas cifras presentadas convienen tan poco entre sí, que no se puede hacer un cálculo exacto. Lo desgraciadamente cierto es que la mayor parte de las víctimas fueron personas inofensivas, simples curiosos. El 5 de diciembre París recobraba su aspecto acostumbrado.

Graves agitaciones se produjeron en los países del Centro y del Mediodía: se supo sucesivamente la insurrección de la Nievre, la del Herault, la del Drome, los disturbios del Allier, del Jura, de Lot-et-Garonne y del Gers, y la toma de posesión del Var y de los Bajos Alpes por los socialistas. En varios puntos se cometieron crímenes de derecho común, que la reacción no dejó de explotar; pero la represión fué terrible. Treinta y dos departamentos fueron declarados en estado de sitio, y varias comisiones mixtas decidieron sumaria y arbitrariamente de la suerte de miles de republicanos. Algunos fueron enviados á Cayena, 9.530 á Argelia y 1.545 expulsados, condenándose á 2.804 á ser internados. A casi todos los representantes de la derecha se les había puesto en libertad. Por un decreto se desterró momentáneamente á los generales Changarnier, Lamoricière, Bedeau, Lefló, MM. Thiers, Duvergier de Hauranne, Baze, Chambolle, de Remusat, Cretón y de Lasteyrie. El general Cavaignac no salió de la fortaleza de Ham hasta el mes de febrero, para casarse con la señorita Odier.

Nada es tan contagioso en Francia como el buen éxito. El resultado oficial del plebiscito de los días 20 y 21 de diciembre dió 7.439.216 votos en pro, contra 646.737 en contra. Si Luis Napoleón hubiera sufrido una derrota, se le habría tratado de criminal y de loco, lo mismo que después de las intentonas de Estrasburgo y de Boulogne; pero había triunfado y le saludaban como á un libertador.

XXXV

EL PRINCIPIO DE 1852

La República no existía ya más que de nombre, y su presidente se rodeaba de todo el aparato de un soberano. Aún no habitaba en las Tullerías, porque en el piso bajo se hacían reparaciones; pero recibía y daba fiestas en las grandes habitaciones del primer piso, donde los funcionarios iban á prestarle su homenaje el 1.º de enero de 1852. El mismo día se cantaba en la catedral de Nuestra Señora un *Tedeum*, al que el príncipe asistió, habiéndole escoltado numerosos escuadrones de caballería; el 7 concurrió á una función de gala en el teatro de la Ópera, y la orquesta comenzó á tocar la marcha del *Profeta*.

Muchos orleanistas parecían dispuestos á declararse en favor del nuevo poder; pero los decretos del 22 de enero, que usurpaban injustamente á la familia de Orleans una parte de sus bienes, les hacían persistir en su oposición. Los servidores más fieles de Luis Napoleón censuraban una medida tan contraria á las ideas de pacificación, y cuatro de sus ministros, MM. de Morny, Aquiles Fould, Rouher y Magne, dimitieron sus cargos.

El 24 de enero se derogó el decreto del Gobierno provisional que había abolido los títulos de nobleza. El 23 de febrero hubo un gran baile en las Tullerías, al que asistieron ocho mil personas, observándose que había trescientos maestros, vestidos con arreglo á lo prescrito por el ceremonial de la antigua casa imperial.

El 29 de marzo, el príncipe abrió en las Tullerías, en la sala de los Mariscales, la sesión del Senado y del Cuerpo legislativo. Después de felicitarse en su discurso de que su dictadura hubiera cesado, rechazó en estos términos los proyectos de restauración monárquica: «Al verme restablecer las instituciones y los recuerdos del Imperio, se ha repetido á menudo que deseaba restablecer el Imperio mismo. Si tal fuera mi preocupación constante, esa transformación se habría efectuado largo tiempo hace; pues no me han faltado medios ni ocasiones. Así, en 1848, cuando seis millones de sufragios me eligieron, á pesar de la Constituyente, yo no ignoraba que la simple negativa en cuanto á conformarme con la Constitución podía darme un trono; pero no me seducía una elevación que podía ocasionar graves desórdenes. El 13 de enero de 1849 me fué igualmente fácil cambiar la forma de gobierno; mas no lo quise; y por último, el 2 de diciembre, si consideraciones personales se hubiesen antepuesto á los graves inte-